



Fragmentos de la memoria

Se diría que para Bloy Casares, habituado a las simulaciones de la ficción, revelar la propia intimidad o los recuerdos más personales resulta de un problemático impulsor.

Miguel García-Posada

“**T**al vez porque me gustan los libros de memoria, quiero escribir uno, pero en cuanto me pongo a recordar me pregunto: ¿a quién voy a divertirme con esto? No fui a una guerra, no me dedicué al espionaje, no comencé a escribir, ni siquiera intervine en política”, dice el narrador de *Trío*, un conocido cuento de Adolfo Bloy Casares. Tal declaración puede explicar, aunque sea de modo cómico, el desigual interés de estas memorias.

Reflexiones, muy bellas, a veces, desprovistas en otros momentos, como si en el fondo del memorialista se agita una íntima desconfianza respecto a la madurez y al propósito de su obra. Se diría, y no soy el primero en afirmarlo, que, habituado a las simulaciones de la ficción, revelar la propia intimidad o los recuerdos más personales resulta para él de un problemático impulsor.

La propia génesis del libro ha sido laboriosa. En 1970, Bloy grabó y dictó sus memorias en compañía de Marcelo Pichón. Treinta y tres años de la edición de *Obra escogida* (1988 y 1991), pero no siguió adelante por considerarse insatisfacción. En las notas al volumen dio a conocer Fichas algunos fragmentos del borrador entonces almacenado. Ese material y algunos otros textos también incluidos ahí han sido la base de estas memorias, que al fin ahora van a luz. Una memoria es, naturalmente, parca y, a veces, fragmentaria. Basta elegir los datos sustantivos por el mismo autor en su *Autobiografía* (1989) para comprobar la poca brevedad a cabo.

Bloy aquí como una deliberada voluntad de no olvidar en asuntos o personas del mundo exterior, aunque la vida del escritor no haya sido nunca ni en periplo ni en trato humano. Así, por ejemplo, Bloy despacha en pocas líneas a un personaje tan fascinante como, según todos los testimonios, fue Julio Cortázar. Victoria Ocampo, en cambio, que fue la gran amorosa de la vida cultural argentina durante muchos años y la hizo universal, aparece un poco al sesgo, aunque aquí se hallen algunas anécdotas particularmente hilarantes. Sobre el grupo de la revista *Sur* pasa como sobre cascadas, poco más que anotando una disidencia literaria, sin que la riva fuese humana que lo dio a conocer, además de Victoria Ocampo y Borges, merced a una situación.

Cierto que el humor y la ironía no le abundan nunca, y con ellos, y sin muy pocas palabras, se puede de otro modo un juicio de largo alcance. Así, cuando la Europa de posguerra le asalta el eco pero penetrante comentario de que “había menos gente que ahora”. Una visión de gran señor, elegante, culto, tolerante, liberal y comprensivo, de estancero distinguido (cosa que Bloy fue libremente cuando estuvo al frente de la propiedad familiar), un poco o un mucho de vuelta de todo (“a lo mejor yo soy un hombre que nació caído”), colorea el libro de principio a fin, y acaso sea una de las causas de esta renuencia a entrar en anécdotas políticas sobre el mundo ni interno. Basta a poco, por ejemplo, los comentarios sobre la personalidad

humana de Borges, no sobre la literaria, que es abundantemente tratada. La misma historia argentina, tan dramática en algunos años, aquí ya olvidada, parece no existir, y es difícil no ver un propósito consciente en su supresión.

La ironía sentimental

Por eso, lo mejor de estas memorias reside en los reflexiones familiares y en la íntima contemplación que de sus periplos sentimentales propone el memorialista. La sobriedad y el esquivo tono del narrador consiguen aquí páginas excelentes, que tratan la representación de un mundo aristocrático y distante, visto en la ciudad y en el campo y riendo de estas lógicas que, sin embargo, no alteran la seriedad narrativa, hasta el punto de que el lector tiene derecho a preguntarse si no hubiera sido preferible que todo el libro se hubiera desarrollado en esta línea. Fue Bloy buscando los datos de su formación literaria y esto, que puede ser muy útil desde otro punto de vista, quita toda unidad a la obra, sobre todo cuando esa información no aparece engranada con la textura orgánicamente vital.

De hecho, el autor, no contento con la información aportada, dedica al final de la obra ocho capítulos a contar la génesis de algunos libros, lo que quita deriva de esa inscribiendo sutra. De ese desajuste parecen resquebrajarse también la misma historia familiar, que recuerda de que capitales más, también aludidos al final: dos capítulos por cierto deliriosos. Y así al margen de la honrada crítica con que el autor escribe su obra, en los subpuntos de toda vanidad o complacencia, un rasgo que conviene subrayar porque la predicción y firmeza con que Bloy se manifiesta en este punto lo hace ejemplar.



Memorias. Adolfo Bloy Casares. Editorial Tusquets, Barcelona 1994. 117 páginas.



Pasaporte a la felicidad

Tiene Bloy Casares la voz suave y el aspecto dulce de un hombre de 80 años que mira con esperanza al futuro y que ha dedicado su vida a hacer lo único que que ha querido hacer: escribir.

avventura sintió una leve ansiedad por el futuro cercano y, entonces, en lo que consideró el momento clave de su vida, algo que quería provocar en los otros era el silencio que a él le embargó con la lectura.

De todas sus obras, cuando de fantasía, humor o ironía, es *Dormir al sol*, la que más placer le proporcionó, por ser, dice, una “historia grata que me hizo mucho bien”, algo que reconoce que los críticos siempre han preferido *El sueño de los héroes*.

Toda esa carga fantástica que impregna su literatura tiene un solo origen, “mi imaginación”, porque de todos sus rasgos personales destaca desde el de un ser imaginativo que bebe en las fuentes de la realidad.

Adolfo Bloy Casares fue el gran amigo de Jorge Luis Borges y con él, mano a mano, escribió numerosas obras que firmaban bajo seudónimos. Él no quiere entrar en discusiones sobre quién o quiénes marcaron el sendero de la literatura argentina del siglo y, en años sucesivos de la narrativa hispanoamericana: “No me interesa hablar del patronato literario”, responde de forma amable pero lapidaria: “yo sólo soy un creador de historias partidarias del estilo siempre con el que el pueblo habla a su vecino. Nunca busqué la literatura adornada”.

Amigo de las respuestas breves y directas, cuando se le pregunta por su amigo Borges responde con dos frases breves pero efectivas: “Él era la literatura viviente. Tenía una impetuosidad vital para la escritura”.

Bloy Casares dice entregarse hoy a la escritura con la misma ilusión con que lo hacía en su juventud. Escribe todos los días, no importa dónde está, “porque ahora sólo me dedico a pensar del clima y el ambiente que aquí se respira”.

Está escribiendo un cuento que ya tiene título: *Orfido* y espera que le publiquen *De jardines ajenos*, una obra “donde se hay una sola línea mía”, hecha de frases, poemas y relatos de prosa que el escritor ha ido recogiendo a lo largo de su vida y sea la que quiere rendir su particular homenaje a la literatura con mayúsculas.

Fragmentos de la memoria [artículo] Miguel García-Posada.

Libros y documentos

AUTORÍA

García-Posada, Miguel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Fragmentos de la memoria [artículo] Miguel García-Posada. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile